

GUELAGUETZA

Lluvia de flores el lunes del cerro





**GOBIERNO DE
MÉXICO**



Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas. México

Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto Nacional de los
Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de Patrimonio Cultural
y Educación Indígena

Itzel Maritza García Licona

Directora de Comunicación Social

GUELAGUETZA

Lluvia de flores el lunes del cerro

ANTOLOGÍA DE CUENTOS

Jessica Paola Martínez José

Azalea Isabel Monterrubio Jiménez

Julio Axel Hueto Cruz

Jashui Jatsiri Pizarro Márquez

Ilustraciones

Cynthia Angelica Fabela Romero

Diseño editorial

Ana Karen Isalde Grégor

Coordinación

Norberto Zamora Pérez

MÉXICO, 2021

ÍNDICE

Introducción	1
Centéotl	2
<i>Jessica Paola Martínez José</i>	
El niño del señor Cocijo	9
<i>Azalea Isabel Monterrubio Jiménez</i>	
Diosa de las buenas cosechas	21
<i>Julio Axel Hueto Cruz</i>	
El joven príncipe	33
<i>Jashui Jatsiri Pizarro Márquez</i>	

INTRODUCCIÓN

La Guelaguetza es una fiesta que se celebra cada año en Oaxaca y ha tomado fuerza a través del tiempo. Ésta surge de tradiciones prehispánicas en las que se daba gracias al dios Centéotl por las cosechas. Los lunes del cerro las diferentes comunidades del estado se reúnen para celebrar sus raíces, mostrando al mundo quiénes son y cuáles son los colores que tiñen sus paisajes; esto se ve reflejado en sus danzas, sus textiles, artesanías, los sabores y olores únicos de la gastronomía local.

Aunque en la actualidad los peregrinos oaxaqueños ponen su devoción en la bella virgen del Carmen, nosotros quisimos que nuestra imaginación volara hacia las deidades prehispánicas que están relacionadas con esta hermosa festividad.

En esta antología de cuentos podrá descubrir cuatro deidades vinculadas con la Guelaguetza y su interacción con los humanos: Conocer el nacimiento de Centéotl, la tarea del pequeño Bitsa, la bondad de Chicomecóatl y una hermosa historia de un abuelo y sus nietos.

CENTÉOTL

Jessica Paola Martínez José

El sol se alzaba imponente sobre el Cerro del Fortín, las nubes en su ausencia daban paso libre al calor que era abrasador, casi no había árboles para refrescarse en la sombra. A los costados del sol se encontraban situados los dioses.

—¡Mi señor Quetzalcóatl! ¡Hermanos míos!, estamos aquí ante ustedes para presentarles a Centéotl —dijo Piltzintecuhtli con orgullo.

Todos los presentes fijaron su vista en Centéotl que tenía la piel morena y los ojos más profundos que habían visto hasta ese momento, no se podía distinguir exactamente su edad, parecía a veces tener todos los años o tan sólo días. Los dioses en lo alto parecían curiosos, entre ellos sobresalían Quetzalcóatl, Pitao Cocijo, Piltzintecuhtli y

Xochiquetzalli. En lo bajo, a las faldas del cerro se encontraban los humanos. Sólo los más ancianos habían sido dignos (o lo suficientemente sabios) para estar en presencia de los dioses, aunque no los pudieran ver claramente por la luz del sol.

—¡Centéotl! ¡Bienvenido seas! —exclamó Quetzalcóatl. —Eres fruto de Piltzintecuhtli, señor de las temporadas y Xochiquetzalli, señora del amor. ¿Qué es lo que harás ahora?

Centéotl miró a su alrededor prestando especial atención en el rostro de los dioses. Luego observó sus atributos y los objetos que portaban, como plumas, escudos, obsidiana y piedras preciosas. Miró sus manos y las encontró vacías, se preguntó cuál sería su atributo, y qué objetos debería portar, ¿cuál era su misión para con los dioses o los mortales? Ante este pensamiento, Centéotl fijó la vista en los humanos buscando una respuesta, agachó la mirada, sus ojos enfocaron a los mortales, fue entonces que se dio cuenta que la tierra parecía ser estéril y seca, los ancianos lucían cansados y delgados, observó sus miradas agotadas, que reflejaban hambre. Miró a Quetzalcóatl por unos segundos y le hizo un gesto de respeto, como si le comunicara su respuesta,

ya que Centéotl se había dado cuenta del por qué los dioses lo habían presentado en ese lugar, enseguida exclamó dirigiéndose a los humanos.

—Si buscan a los dioses en lo alto, no hay duda, pueden encontrarlos, si los buscan en los mares también hallarán la fuerza divina, si siembran con amor a través de las temporadas podrán tener buenas cosechas.

Dicho eso se lanzó a la tierra como si quisiera esconderse en ella, todos los presentes dejaron de verlo. Se extendió a lo largo y ancho de los suelos y por el contacto con éstos, su cuerpo comenzó a transformarse. Primero su cabello se hizo algodón; sus ojos profundos se volvieron semillas; sus dedos morenos, camotes; sus uñas, maíz alargado; y su nariz ancha, chía.

Los ancianos contemplaron asombrados cómo la tierra, que estaba seca y áspera, pasó a estar repleta de maíces. Los dioses ya no eran visibles, aunque todos sabían y sentían que seguían ahí; la presencia de Centéotl era ahora palpable en forma de maíz alrededor de todos.

Los años comenzaron a transcurrir. Vinieron nuevos humanos que heredaron la memoria de los viejos.



Los más jóvenes y fuertes edificaron templos dedicados a Centéotl, también construyeron imágenes que representaban al dios con sus atributos: las espigas de maíz sobre sus manos.

Con agradecimiento comenzaron a celebrar fiestas en su honor. Nadie había olvidado lo que la deidad hizo por ellos.

La tradición también narra cómo Centéotl siendo un dios dual tiene su contraparte femenina: Chicomecóatl. Hay quienes en su memoria guardan otro hecho extraordinario. Memorias viejas que han perseverado dentro de muchos, y es el hecho de que Centéotl (o quizá Chicomecóatl) no solo hizo la tierra fuerte y fértil, sino que mostró a los humanos una alternativa para comer el maíz, es decir, les enseñó a hacer tortillas. Los mortales se volvieron más fuertes desde entonces.

—¡Centéotl nuestro señor del maíz! Esperamos que estas ofrendas sean de tu agrado —decían alegres mientras llevaban los frutos que la tierra les había dado.

A través del tiempo ellos notaron que tales ofrendas agradaban al dios. Para conseguir mejores cosechas

y favores, las personas comenzaron a ofrecerle fiestas llenas de bellas artes, tales como la música y la danza. No hay contacto más puro con la tierra que la danza.

Cada que se acerca la fecha de la fiesta, todos se ponen felices y se preparan para celebrar, recolectan sus ofrendas en enormes canastos llenos de flores. Se ponen sus trajes más representativos y coloridos para acudir a la fiesta que ahora se llama Guelaguetza (o lunes del cerro). Ahí, cientos de personas danzan, cantan y gozan de deliciosos manjares.

Todos se alegran. Su raíz los ha llevado ahí.



EL NIÑO DEL SEÑOR COCIJO

Azalea Isabel Monterrubio Jiménez

El cielo se pintaba con tonalidades rojizas. En la casa, María fue la primera en levantarse de la cama, poco a poco se iba despertando la familia: Pedro, su marido, fue el primero quien después de terminar su desayuno, salió para checar las milpas junto a Esteban, el hijo mayor de la familia. Rosa, la hija de en medio, era la penúltima en salir de su cuarto, ella siempre alimentaba a las aves que tenían: dos gallinas, su gallo y el pequeño guajolote. Bitsa, el más pequeño de los hermanos, con apenas cinco años, seguía durmiendo.

—Oiga mamá ¿Sabe si Bitsa durmió otra vez con el guajolote? —preguntó Rosa.

—Con Paco, dirás —dijo entre risas la mujer al recordar que el más pequeño de sus hijos le había puesto ese

nombre al guajolote hace unos días atrás.

—¡María! ¡María! —se oyó la voz de un hombre, ambas mujeres, resignadas, se voltearon a ver, sabían perfectamente de quién eran esos gritos y a qué se debían.

—Por acá don Román, en la cocina.

—Le traigo a estos dos... —dijo el hombre que entró directo a la cocina. En una mano cargaba al guajolote y con la otra, iba jalando de la oreja a Bitsa. — “Esto” se tragaba mi reserva de maíz quebrado —dijo mientras dejaba caer al ave —y éste otro, estaba jugando en las tierras de siembra —finalizó mientras lo aventaba contra su hermana; cuando lo tuvo cerca, lo escondió detrás de ella.

—Es la tercera vez en la semana que lo cachamos escarbando en la tierra, no sólo en la milpa de mi terreno, también la de otros vecinos, creo que no es necesario recordarle que este año no estamos siendo bendecidos por Centéotl, súmele lo que hace su niño y el cócono ese. ¡Nos están agravando a todos!

—Se llama Paco —dijo detrás de Rosa una voz que guardó silencio en cuanto sintió la mirada del hombre.

—¡Déjeme ver si entendí bien! —comenzó María

bastante molesta —¿me está diciendo que usted y el resto de las personas culpan a mi hijo de la pésima calidad de su tierra o de que la diosa no quiera ayudarlos?, porque si no mal recuerdo don Román, usted es el que ayudó a mi marido a la siembra de nuestra milpa, ¿no será que ustedes son los que quieren afectarnos y culpar a mi hijo de todo?

—¡No le voy a permitir...! —quiso alegar.

—¡Ni yo a usted que venga a calumniar a mi hijo!, es un niño travieso y será castigado por estar en tierras que no le pertenecen, pero jamás vuelva a insinuar, ni de broma, que él tiene la culpa de lo que pasa, la diosa sabrá porque nos está haciendo esto, pero eso no es culpa de Bitsa —dijo mientras agarraba al pequeño guajolote que estaba en el piso.

—Dispéñeme, María, no quise en ningún momento difamar a nadie, estamos todos tensos —trató de calmar la situación —Pedro seguro le informará cuando venga, pero hoy en la tarde realizaremos una ceremonia a la diosa Centéotl, sería bueno verla por allá, entre más gente mejor.

Después de limar asperezas ambos vecinos quedaron en paz, aunque a Bitsa en nada le benefició eso, pues fue castigado junto a Paco; este último fue encerrado en su jaula

y el pequeño al que tanto seguía, en su cuarto. Durante una semana tuvieron a los dos problemáticos en observación, sólo podían salir a comer y de vuelta a sus lugares, parecía un castigo severo, pero la familia quería mostrar que ambos no eran responsables del mal que aquejaba a la tierra.

—¿Ya dejarás salir a esos dos? —preguntó María.

—Supongo, no tiene mucho caso tenerlos encerrados durante el día, si por la noche se escapan los dos —dijo Pedro. María estaba sorprendida por el comentario de su esposo.

—¿No te habías dado cuenta? —preguntó nuevamente Pedro a María que negaba con la cabeza —apenas nos dormimos, sale por la ventana para no tener que pasar por toda la casa, le abre la jaula a Paco y se van a jugar a la tierra. Pensé en llamarlos, pero realmente dudo que haya una diferencia, la tierra está cada vez más amarilla y seca... este año no habrá comida.

Al día siguiente, cuando aclaró el día, una peregrinación salió hacia el altar de la diosa del maíz, la imagen de la deidad se veía más quebradiza y seca, parecía que estaba a nada de desmoronarse igual que las plegarias

de los lugareños. Esta vez, Bitsa tuvo que acompañar a su familia, fue el primero en ofrendar algo de maíz, pidiendo disculpas enfrente de los presentes por jugar en las tierras que le pertenecían a Centéotl.

Entre las personas de la peregrinación estaba Shuba, un anciano que todo el mundo creía loco, el hombre vivía solo y siempre estaba fuera de su casa durante el día, algunas mujeres le llevaban comida, pero jamás se dirigía a nadie, solamente cuando nacía un niño en el pueblo; él se acercaba a examinarlo, preguntaba el nombre del pequeño, hacía gestos de asco con cualquier respuesta y se marchaba sin más.

—No es a ella a quién le deberían rezar.

Voltearon todos hacía la voz que habló.

—¡Shuba! debería estar en su casa, es peligroso para usted que esté en...

—Siempre le rezan como si fuera la única que pudiera ayudarlos —les insistió ignorando completamente a la mujer que le había hablado —necesitan la ayuda de un dios más, aparte de ella y Pitao. Ofrenden a Cocijo o jamás verán crecer nada.

—Shuba, no creo que...



—Cocijo no es cualquier Dios, era el más pequeño y el menos reconocido por su familia, por eso gusta de los niños chicos e incomprensidos ¡como éste! —dijo mientras tomaba por sorpresa a Bitsa, a quien comenzó a examinar por la cabeza, luego el cuello, rostro, manos, y finalmente las piernas.

María le quitó a su hijo, un poco asustada.

—Bitsa será una buena recompensa.

—Shuba, de verdad debería ir a su casa —insistió Pedro, mientras daba señas a su familia para alejarse del hombre.

—De todos tus hijos, él es el único que tiene un nombre tradicional, ni siquiera el primogénito gozó de ese privilegio, ¿te has preguntado alguna vez por qué?

María, escondida tras el resto de las personas, trató de recordar por qué había elegido ese nombre cuando el anciano había hecho aquella pregunta; en su mente había un día agotador, lluvioso y tras un parto doloroso, apenas le habían puesto al bebé en sus brazos, tiernamente le llamó, Bitsa.

—Sólo los nacidos para ofrendar al Dios pueden llevar esos nombres —dijo el anciano, quien sacó de la bolsa que colgaba de su hombro, una figura pequeña de un ser con

una vasija en sus manos, y lo colocó por encima de la diosa.

—El agua viene de arriba, la tierra la recolecta y aquí debe ir Bitsa —continuaba hablando mientras hacía una cruz en la tierra con su pie.

—¡No pienso dejarte hacerle algo a mi hijo Shuba!

—¿Por qué creen que todo debe ser dañado para ofrendarse? El maíz que estaba ahí —señaló a los pies de la imagen —fue desgranado cuando ya no podía estar en su olote, tu hijo ya fue separado de su madre.

Además, el niño ya ha estado hablando con Cocijo ¿Quién crees que lo ha mandado a revisar las tierras de todos?

Todos los presentes se vieron con asombro y sus miradas se dirigieron hacia el niño.

—¿Qué te ha dicho Pitao Cocijo? —preguntó Shuba al pequeño Bitsa.

—Me pidió que le mostrara dónde estaban las parcelas, también dijo que tenía que escarbar un tanto así —explicaba Bitsa mostrando una distancia entre sus manos —para enseñarle el color de la tierra que había a esa profundidad, pero para enseñársela tendría que ir con él unos días y luego me dejaría regresar a la casa.

Cuando terminó de hablar, comenzó una pelea entre todos los presentes, la mitad discutía en hacer lo que el niño decía; la otra parte, donde estaba Pedro y su familia, intentaba convencerlos de que eso no era necesario. Las palabras llegaron a empujones y de pronto alguien tiró el primer golpe. Bitsa estaba muy asustado, Shuba aprovechó para llevarlo frente a la imagen de Cocijo. Le puso una pequeña manta en los hombros y lo sentó.

—¡Ahí quédate, esto va pa' largo! —dijo Shuba.

Comenzó a llover y Bitsa se cobijó con la manta mientras veía lo que pasaba, su padre ya había tumbado a dos de los vecinos y Esteban, su hermano, lo ayudaba. María trataba de hacer entrar en razón a varias mujeres pero era imposible. El estrés de todo hizo que Bitsa comenzara a sentirse agotado, poco a poco sus ojos se cerraron, se recostó en la tierra y se quedó completamente dormido.

La lluvia hizo reaccionar a los combatientes, que inmediatamente buscaron refugio de aquella tormenta. Entre aquel tumulto María por fin logró visualizar a su marido un poco más adelante de donde estaba ella, mientras se

acercaba pudo ver a Pedro arrodillado, corrió hacia él y vio con horror lo que tanto había afectado a su marido, el niño dormía a los pies del Dios, Shuba había desaparecido. Nadie se atrevió a quitar a Bitsa de aquel lugar, menos cuando Paco llegó, se acomodó con su amo y se quedó completamente dormido. Parecían tan contentos en sus sueños, pese a que llovía, el agua jamás los molestó.

Los meses pasaron, la siembra se recuperó, las cosechas estaban próximas pero los pequeños durmientes no abrían sus ojos. Al principio sólo la familia de Bitsa iba a cuidarlo, pero de poco en poco la gente comenzó a realizar guardias, le debían el alimento a aquel niño, tan sólo eso podían hacer, de nuevo una gran tormenta azotó el lugar, logrando que se retiraran todos a sus casas.

Apenas paró el agua Rosa y Esteban salieron a buscar que a su hermano no le hubiera pasado nada, pero no bien habían salido de casa, cuando a lo lejos vieron a Shuba, Bitsa y Paco acercándose. Los dos fieles amigos corrieron cuando vieron a su familia, contentos se abrazaron los cuatro, Pedro y María al escuchar el alboroto también salieron. De nuevo estaban juntos.



Shuba volvió a desaparecer, pero su imagen de Cocijo quedó junto a la de Centéotl, la que recuperó su frescura de siempre igual que la de las tierras, el pueblo entero comprendió su falta y desde entonces jamás olvidan al pequeño Dios. Bitsa jamás necesitó dormir de nuevo a los pies de Cocijo, le gustaba platicar de todo lo que vio en ese mundo de sueños, pláticas que continuaron hasta el fin de sus días, volviéndolo una leyenda y siempre recordado como el niño del señor Cocijo.

DIOSA DE LAS BUENAS COSECHAS

Julio Axel Hueto Cruz

Niza¹ miró al sol que ya se escondía dentro de las milpas, se quitó el sombrero de palma que lo cubrió durante la mañana. Tomó un elote que tenía frente a él, le quitó una de las hojas que lo cubrían y tocó los granos de maíz, los de la parte de abajo estaban demasiado maduros y los de la mitad para arriba aun eran muy tiernos. El rostro de Niza se tornó triste; él iba diario a regar la milpa, la abonaba y pronunciaba palabras amorosas para que ésta diera buenos frutos. No podía entender qué era lo que ocurría, ya que en pleno mes de junio las cosechas debían ser más abundantes.

Cortó cinco elotes y los guardó dentro del morral, no todo estaba perdido; podría usar la parte madura del maíz para hacer tortillas y la parte tierna para preparar chileatole.

¹ Niza. Nombre masculino de origen zapoteco que significa “agua”

Niza partió del campo, mientras caminaba rumbo a su hogar no dejaba de pensar en qué podía hacer para que su cosecha mejorara y así poder vender sus mazorcas para mantener a su hija de siete años y a su esposa; cuando llegó a su casa, Niza inmediatamente cambió su semblante, sonrió para no preocupar a su familia.

—¿Cómo te fue? —preguntó Yela² cuando Niza abrió la puerta.

—Bien, pero hace mucho calor afuera... —se quitó el morral que cargaba y lo dejó sobre la mesa.

—¿Quieres que te sirva de comer?

—No, no traigo mucha hambre —contestó Niza con la voz entrecortada.

—Entonces comemos más al ratito, mientras hacemos tiempo para que se despierte Inda Jani³.

Niza caminó hacia el altar que tenía para la diosa Chicomecóatl, estaba situado junto a la cama donde dormían su hija, su esposa y él, se sentó sobre la cama y miró a la figura hecha de tezontle, esta sostenía en cada una de sus manos dos mazorcas; en su cabeza portaba un enorme tocado con plumas de ave, de este colgaban un par de borlas a cada

² Yela. Nombre femenino de origen zapoteco que significa “milpa”

³ Inda Jani. Nombre femenino de origen zapoteca que significa “agua que nace”

uno de los lados de la cara; de su cuello pendían dos collares que le cubrían los senos; vestía una falda que le llegaba hasta los tobillos y unos huaraches que dejaban ver sus pies.

—Diosa de las buenas cosechas, me veo en la necesidad de pedir tu ayuda... la cosecha está mitad madura y mitad tierna. Quiero pedirte que me ayudes a que crezca bien para poder vender la mazorca y tener para comer. Te pido una disculpa porque no puedo pagarte con el sacrificio que se te hacía antes...

—Papi ¿la cosecha de maíz está mal?, ¿no sirven los elotes? —preguntó Inda Jani que había despertado.

—Sí sirven, pero nadie va a querer comprarlos así... —Niza se volvió a poner triste.

—¡Ya escuché que están platicando, vénganse a comer! —dijo Yela desde el comedor.

—Vamos a comer papi.

La pequeña Inda Jani fue al comedor; Yela, al ver que Niza no iba a la mesa, decidió acercarse a la cama para hablar con él.

—Te serví un plato de frijolitos y te calenté tortillas.

—No tengo mucha hambre... —Niza no quería verla a la cara.



—Ya oí que la cosecha no está bien, pero todo va a mejorar, podemos pedirle a la diosa que nos ayude y le ofrendamos con el culto del ayuno prolongado.

—Pero no es septiembre, ese culto únicamente se debe hacer en el mes *huei tozoztli*.

—La diosa es tan buena que sabe nuestras necesidades y verá con buenos ojos nuestro culto, también podemos pagarle con una ofrenda de maíz.

—¿Crees que funcione?

—Podemos intentarlo.

Ambos se levantaron de la cama y fueron a comer, tenían que alimentarse antes de comenzar con el ayuno prolongado que duraba catorce días. Luego de terminar sus alimentos se fueron a dormir, pues al día siguiente Niza iría a sus milpas a cortar siete mazorcas de maíz para la ofrenda de la diosa de las buenas cosechas. Cuando amaneció, Niza se levantó de la cama, se puso los huaraches, su camisa y el pantalón blanco de manta, miró el altar de la diosa Chicomecóatl y tomó su morral antes de salir al campo.

Niza llegó a su siembra de elotes, seguía igual que el día anterior, sin embargo, no se entristeció tanto como la

mañana pasada, pues tenía fe en que la diosa de las buenas cosechas le ayudaría. El hombre eligió entre todas las mazorcas las siete que estaban en mejor estado, las cortó, las guardó dentro de su morral y regresó a su casa. Cuando llegó, Yela e Inda Jani ya estaban esperándolo para poner la ofrenda, los tres se acercaron al altar y sacaron del morral las mazorcas para ponerlas a los pies de la diosa.

El tercer domingo de julio, Niza despertó al oír que alguien tocaba a su ventana, era un colibrí azul rey con alas carmesí, se levantó de la cama y le abrió, el ave entró y se posó en las mazorcas que le habían ofrendado a Chicomecóatl, Niza sonrió sin darse cuenta y se sentó sobre la cama.

—¿No puedes dormir? —preguntó Yela bostezando.

—No, me desperté porque ese colibrí tocó en la ventana —dijo señalando al ave.

—Es bellissimo, dicen que cuando uno te visita es porque trae buenas noticias.

—¿Será que nos trae un mensaje de Chicomecóatl?

—Los ojos de Niza brillaron.

—¿Tú crees?

—Yo creo que sí. Voy a ir al campo —dijo Niza sonriendo.



Niza se levantó, se puso su jorongo porque la mañana estaba fresca, tomó su morral y salió al campo; cuando llegó a su milpa, se llevó una gran sorpresa, la cosecha era otra, había cambiado para bien, se acercó a una de las mazorcas, la tocó de arriba abajo y notó que estaba completamente tierno el maíz, luego avanzó un poco más para ver otro de los elotes, hizo lo mismo que con el anterior y descubrió que este estaba maduro, se alegró porque podría vender ambos tipos de maíz, cortó un par de cada uno y los guardó en su morral. Cuando llegó a su casa, Niza sonreía de tal forma que hizo que su esposa e hija intuyeran que llevaba buenas noticias.

—La diosa Chicomecóatl nos ayudó con la cosecha —dijo alegre mientras sacaba los elotes del morral.

Yela corrió a donde estaba Niza y lo abrazó, Inda Jani fue a donde estaba la figura de Chicomecóatl. Luego de que sus padres terminaron con el abrazo se dieron cuenta que estaba agradeciéndole a la diosa proveedora de las buenas cosechas.

—Gracias por ayudarnos a que los elotes crecieran bien... —fue lo único que lograron oír de la boca de su pequeña hija.

—Te agradecemos por hacer caso a nuestras necesidades diosa Chicomecóatl. Gracias a ti podremos vender y comer las mazorcas de nuestra cosecha —dijo Niza frente a la figura.

—No sólo debemos agradecer a la antigua diosa del maíz... —dijo Yela.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido Niza.

—También debemos agradecer a Centéotl, yo le pedí por la cosecha.

—¿Quién es Centéotl? —preguntó la pequeña.

—Hija, Chicomecóatl y Centéotl son uno mismo. Cuando toma su forma femenina le llamamos Chicomecóatl y Centéotl cuando es masculino.

—No entiendo mami —contestó confundida la pequeña.

—Ya lo entenderás después —le dijo Yela.

—Mañana que inicia el lunes del cerro iremos a la fiesta de la guelaguetza para darle las gracias a Centéotl. A ambas deidades del maíz debemos de agradecerles que nuestras mazorcas estén sanas —dijo Niza mirando a la figura de tezontle.

Al día siguiente en punto de las ocho de la mañana,

Inda Jani, Yela y Niza fueron rumbo a la fiesta de la guela-guetza. Inda Jani llevaba un par de mazorcas de la ofrenda en su pequeño morral, su padre cargaba las demás y Yela cargaba con la figura de Chicomecóatl en los brazos.

Cuando llegaron al colorido cerro del Fortín, los olores de la fiesta se hicieron presentes, observaron que algunas mujeres portaban huipiles rojos y blancos, otras vestían faldas largas de diversos colores, aunque el que más predominaba era el blanco. Los hombres sin embargo estaban vestidos completamente de blanco y con sombrero negro.

Inda Jani nunca había ido a dicha fiesta y estaba impactada con todo lo que veía. Cuando comenzó el espectáculo, lo que más llamó su atención fueron las mujeres con trenzas que vestían huipiles y que llevaban en su hombro una piña, estas bailaban al ritmo de la música. Niza y Yela se dieron cuenta que estaba emocionada su hija. —Esa danza se llama flor de piña —le dijo Niza a Inda Jani.

Cuando terminó el desfile y las personas se dirigían al auditorio donde las diversas regiones de Oaxaca iban a presentar sus danzas, ellos aprovecharon para levantar el ayuno



prolongado comiendo tamales hechos a base de masa de maíz blanco con frijoles, salsa verde, hoja de aguacate y estaban envueltos en hoja de plátano; también comieron tlayudas hechas a mano con masa de maíz nixtamalizado, a estas le pusieron nopales, queso rallado y frijoles.

Luego de terminar de comer se dirigieron al auditorio, en la entrada de este dejaron sobre el piso las mazorcas que llevaban Niza e Inda Jani, luego Yela dejó a un costado la figura de Chicomcoatl, pusieron las mazorcas nuevas, y le dieron las gracias una vez más. Niza cargó la figura hecha de tezontle y entraron los tres al auditorio a disfrutar de las danzas de la fiesta de la guelaguetza.

EL JOVEN PRÍNCIPE

Jashui Jatsiri Pizarro Márquez

En un festín lleno de color, el sol cubría el rostro de los visitantes de la gran fiesta Oaxaqueña. Entre la multitud, Alarii y sus nietos (Yao y Xadani), caminaban muy gustosos al mirar tan bello evento. La música retumbaba en el aire sonoro de la festividad, se escuchaban aplausos, risa y el murmullo de la gente que pasaba frente a ellos; las mujeres usaban vestidos de colores y trenzas con listones de diferentes colores. El anciano caminaba mientras tomaba a sus nietos de la mano, uno de cada lado, sus rostros comenzaban a enrojecerse con el transcurso del sol moviéndose en el cielo. Mientras caminaban, vieron una banca que estaba cerca del auditorio Guelaguetza, se sentaron y Xadani continuó preguntándole a su abuelo sobre la historia que les estaba contando.

—¿Entonces quién es él? —preguntó Xadani¹.

¹ Xadani. Nombre femenino de origen zapoteco que significa “pie del cerro” y/o “debajo del cerro”.

—Se llama Piltzintecuhtli... —dijo Alarii².

—¿Pero abuelo no venimos por Centéotl? —preguntó Yao³.

—Sí, claro, pero también es bueno que lo conozcan.

—¿Era bueno abue? —insistió Xadani.

—Sí, además él fue padre de nuestra querida Centéotl.

—¡Era su papá! —dijo Yao sorprendido.

—¿Y su mamá? —preguntó Xadani mientras comía el helado que su abuelo les había comprado.

—Su mamá era Xochiquetzalli o Xochiquétzal —dijo el hombre mientras miraba el cielo y las nubes blancas que se deslizaban sobre el firmamento— ¿ustedes por qué creen que en la tierra hay colores?

—Pongan atención, les voy a contar una historia... Hace muchos años, no sé cuántos exactamente, de un romance entre dos dioses nació ella —dijo Alarii.

Los pequeños no sabían exactamente a lo que se refería el sabio anciano, se sentían acalorados y sedientos, pero tenían muchas ganas de escuchar la historia que su abuelo pronto les contaría. Xadani y Yao aún comían sus helados para calmar un poco el calor, Alarii llevó a su boca

² Alarii. Nombre masculino de origen zapoteco que significa “gran hombre”.

³ Yao. Nombre masculino de origen zapoteco que significa “río”.

un poco de agua fresca, la saboreo y comenzó su historia mientras sus nietos lo miraban fijamente.

Piltzintecuhtli era el dios de las tempestades, del sol naciente y el joven príncipe o señor niño, además, algunos dicen que también de los hongos divinos que servían para curar. Un día conoció a una diosa hermosa que, por ser tan importante, no hablaba con casi nadie, la mantenían protegida y resguardada para que nadie pudiera verla, de lo contrario, se enamorarían de sus grandes cualidades, pues ella era la diosa de la belleza, de la sensualidad, de las artes, de las flores y del amor. Estos dioses se enamoraron y crearon juntos a Centéotl. El joven príncipe sabía que tenía que buscar un mundo en el cual su hija fuera bien recibida, tenía que ser un lugar muy bello y lleno de colores alegres.

El señor niño se sentía muy emocionado, entonces, se dio a la tarea de buscar un lugar que necesitara de su ayuda... después de un tiempo se le encomendó una tarea muy importante, colorear hasta los detalles menos visibles del mundo, pues este se encontraba en una tristeza total y nada tenía vida. Supo que este sería el lugar adecuado para Centéotl.



Era la tarea más importante que se le había encargado. Piltzintecuhtli bajó a la tierra, vio que todo era de color gris: los árboles, las plantas, las flores, también las nubes en el cielo, los mares, los ríos y los animales estaban en tonalidades oscuras y claras. Era muy triste lo que veía el joven príncipe en el globo terráqueo.

Tomó pigmentos y algunos pinceles que llevaba consigo y, sin esperar tanto, comenzó a iluminar todo lo que lo rodeaba. Un día pintó los árboles, hoja por hoja, detallando cada una de sus ramas para que se vieran hermosas, usó toda una paleta extensa de tonalidades verdes, cafés y amarillos; algunos otros tenían frutas que también pintó una por una. Cada pequeño detalle...

—¿Cómo lo hizo abuelo? —preguntó Yao.

—Coloreo con sus pigmentos todas las frutas Yao. Por ejemplo, tomó cada una de las ciruelas que había en el árbol que estaba coloreando, al principio todas eran grises, pero él decidió ponerles amarillo, incluso, algunas pareciera que les puso chapitas —dijo Alarii a los pequeños que junto a él aplaudían al ver el bailable y las faldas de colores que en el aire se ondeaban cuando las bailarinas sonreían al público.

—Para que se vieran coquetas ¿verdad abuelito? —preguntó Xadani mientras miraban el espectáculo frente a ellos.

—Sí, por eso la gente busca que tengan manchones rojos...

—¿Como las manzanas o los duraznos?

—Sí.

—¿Y qué pasó después abuelo? —preguntó Yao.

Piltzintecuhtli continuó así con cada uno de los árboles y flores que había en la tierra. Pasó todo un día coloreando y cuando el sol se apagó se quedó profundamente dormido, estaba muy cansado. A la mañana siguiente, cuando despertó, en el cielo se veían rayos de sol que al igual que todo lucía de color gris; notó que algunas plantas de las que había pintado se veían nuevamente opacas y grisáceas, pero eso no le importó, el joven príncipe tomó nuevos pinceles de los que traía aún con él, pues los que había usado el día anterior, ya no estaban, ¿alguien los había tomado?, pensó que los había extraviado por accidente.

Continuó retocando cada una de las hojas de los árboles hasta que terminó y prosiguió con todos los seres vivos que había en el paisaje magistral que degustaba con sus ojos.

Aves como el águila, el quetzal, los colibríes, tucanes y guacamayas fueron teniendo color, uno tras otro. Los pintó con bellos colores que se difuminaban entre sí. Iluminó pluma por pluma y lo mismo hizo con todos los animales que había en el mundo. El día transcurrió y de nuevo exhausto cerró los ojos, al mismo tiempo, los rayos de sol se desvanecieron del cielo.

Los pinceles nuevamente ya no estaban cuando despertó. Un poco preocupado intentó buscar alguna solución a lo que estaba pasando. Durante el día notó que a lo lejos había alguien que lo espiaba entre los arbustos, parecía estar molesto.

—¿Quién era abuelito? —preguntaron ambos niños.

—Era su novia —dijo Yao.

—No, no era su novia. Recuerden que se casó con Xochiquétzal.

—¿Entonces quién era abuelito? —preguntó Xadani.

—¡Esperen! Aún no termino.

Piltzintecuhtli continuó con su labor, el cielo que aún era gris comenzó a cambiar a color azul, además, las nubes relucían tan blancas como el algodón, los rayos del sol podían atravesarlas formando algunas líneas de bajo de ellas que

embellecían aún más el firmamento. El joven príncipe ya se sentía cansado cuando comenzó a caer la noche, de igual manera pintó el cielo, ahora tenía colores como el naranja, azul oscuro y algunos toques rosados. El Dios se recostó en el monte más alto para mirar su gran labor... Finalmente se durmió.

Tepeyollotl era el dios de las montañas, de los movimientos de la tierra y el dios jaguar. No le parecía buena idea que Piltzintecuhtli coloreara todo lo que cubría la tierra, enojado, hizo que del corazón del monte donde dormía el joven príncipe, se abriera una enorme grieta por la cual comenzaron a salir grandes cantidades de ceniza; se escuchó un gran estruendo que lo despertó mientras la tierra temblaba fuertemente, todo esto lo provocó para asustarlo y hacer que escapara a otro mundo. Sin embargo, el señor niño lo tomó con calma...

—¿Con calma?, yo me hubiera espantado mucho —dijo Xadani mientras observaba los huipiles que iban avanzando sobre el escenario en el auditorio.

—Sí, en lugar de enojarse quiso hablar con Tepeyollotl para saber cuál era el motivo de su enojo —contestó Alarii.



—¿Y entonces habló con él abue?

Piltzintecuhtli se acercó a Tepeyollotl para preguntarle sobre qué le molestaba, este le explicó que no tenía un lugar propio y que por eso vivía en las profundidades de la tierra donde se sentía muy tranquilo, por eso pensaba que al ser oscuro abajo y gris donde estaba el cielo; era normal que estuviera todo así siempre. El joven príncipe le explicó que su tarea era hacer que los temporales se presentaran para la llegada de su hija Centéotl y que por eso al ver que todo era gris y triste comenzó a pintar el mundo, incluso pensó hacerlo en las profundidades.

El dios jaguar a pesar de que todo tenía color, le resultaba muy extraño, consideraba acertado lo que decía Piltzintecuhtli, ya que le gustaba como se veía todo lleno de colores. Sin embargo, una sola petición hizo; pidió que en las profundidades nada cambiara, pues le hacía sentir bien que no hubiera nada que le quitara su tranquilidad.

—¿Por eso el fondo del mar y de la tierra es oscuro?

—Sí... —asintió con la cabeza el anciano.

—¿Y Piltzintecuhtli pinta el cielo todos los días? —preguntó Yao.

—Sí, y todo lo que tenga que ver con los temporales —dijo Alarii a sus nietos— él quería que cuando festejaran a su hija, el lugar estuviera lleno de colores que alimentaran la vista de quienes la visitaban y quisieran regresar cada vez que ella fuera nombrada aquí en la Guelaguetza.





**GOBIERNO DE
MÉXICO**

INPI
INSTITUTO NACIONAL
DE LOS PUEBLOS
INDÍGENAS



México, 2021

